



Franco Trabattoni, *Attualità di Platone. Studi sui rapporti fra Platone e Rorty, Heidegger, Gadamer, Derrida, Cassirer, Strauss, Nussbaum e Paci*, Vita e Pensiero, Milano 2009, 235 pp.

El profesor Franco Trabattoni tiene a sus espaldas casi 30 años de investigaciones universitarias orientadas hacia la historia de la filosofía antigua, lo que le ha permitido ofrecer a la comunidad académica un buen número de publicaciones de importancia. En este volumen recoge una serie de artículos, dados a luz anteriormente o a punto de ser impresos, en los que analiza cómo algunos autores contemporáneos han presentado aspectos relevantes del pensamiento platónico.

Como el Autor subraya en la introducción, no siempre ha existido ni existe una buena armonía intelectual entre quienes se dedican a la reflexión filosófica y quienes estudian la historia de la filosofía, pero es posible superar confrontaciones vanas con el reconocimiento de los respectivos ámbitos y de las colaboraciones que existen, a veces de modo inevitable, entre estos dos ámbitos de trabajo (pp. 5-8). Por lo mismo, y a través de este volumen, se evidencia cómo algunas presentaciones y reconstrucciones teóricas sobre Platón y sobre el platonismo muestran un claro desconocimiento de los datos que la historia de la filosofía llega a ofrecer si se estudia correctamente al fundador de la Academia (pp. 8-9). Esta es una de las principales convicciones de Trabattoni: «una buena historia de la filosofía puede y debe ofrecer su contribución a la reflexión especulativa» (p. 9).

De los 11 trabajos recogidos en el volumen (cuyos lugares de publicación están indicados en las pp. 10-11), el primero

presenta el modo según el cual debería ser estudiado Platón y su famosa teoría de las ideas: como el esfuerzo del fundador de la Academia por explicar la sustancia (el ser) y la multiplicidad desde la unidad, y la forma a través del significado (cf. pp. 27-32). Por eso, según Trabattoni, Gadamer estaría mucho más cerca de comprender a Platón que Heidegger, en cuanto el primero supo entrever la modalidad de la filosofía platónica que se apoyaría en la relación entre unidad y multiplicidad que funda pensamiento y lenguaje (pp. 32-37). Por lo mismo, el mejor camino, según se evidencia en el texto, de acceder al pensamiento de Platón no es el del «platonismo máximo», que distingue ontológicamente dos mundos (el ideal y el sensible) y considera el alma como una realidad sustancial, sino el del «platonismo mínimo», en el cual están contenidos los aspectos centrales de la filosofía platónica: las nociones de «pensamiento y lenguaje no pueden jamás eludir la dialéctica universal-particular» (p. 36).

Los capítulos II y III centran su atención en Rorty (si bien no faltan alusiones a otros autores, como Derrida, Ricoeur, Griswold, por indicar algunos), a quien se acusa de acoger un modo equivocado de leer a Platón, semejante al de Heidegger, y de adoptar la actitud propia de un sofista descarado.

El capítulo IV tiene como objeto de atención el análisis realizado por Heidegger que le llevó a suponer, erróneamente, que el pensamiento occidental habría iniciado desde una visión metafísica equivocada que llevó a la exaltación de la técnica hasta extremos como los que desembocaron en campos de exterminio (por ejemplo, el de Auschwitz). El siguiente capítulo profundiza todavía más en las críticas a

Heidegger, sobre todo por su peculiar manera de interpretar la doctrina de las ideas de Platón que, según Trabattoni, depende de Aristóteles y de Husserl y no llega a entenderlas de modo adecuado.

Las reflexiones de Gadamer sobre Platón, especialmente en su estudio sobre la dialéctica platónica, son analizadas en el capítulo VI. Trabattoni presenta de modo ágil la visual gadameriana y encuentra un punto débil en la misma: la presencia en Platón de ideas negativas que podrían servir como explicaciones de las acciones injustas, para lo cual cita un pasaje de la *República* (472c) y otro del *Fedón* 99cd (p. 129). En mi opinión, tales pasajes no justifican ni fundan la existencia de un orden eidético de «negativos» en Platón, sino que explican el mal precisamente en cuanto ausencia de bien, por lo que muchas de las observaciones de Trabattoni, según pienso, pierden su consistencia (sobre todo en las pp. 129-130). El resto del capítulo ofrece informaciones que sirven para comprender hasta qué punto Gadamer depende de Heidegger y, en parte, de la lectura neokantiana que Natorp hizo del pensamiento platónico, con interesantes observaciones sobre las consecuencias que tal dependencia provoca a la hora de identificar, en Platón, lo ontológico con lo ético y lo dialéctico (especialmente en pp. 139-140).

En los capítulos VII y VIII se presentan y discuten las posiciones de Derrida y de Cassirer respecto del pensamiento platónico, que permiten nuevamente subrayar cómo el uso de ciertos prismas conceptuales no resultan adecuados a la hora de interpretar a Platón, pero también dan a entender que desde perspectivas filosóficas modernas se pueden alcanzar resultados interesantes (como por ejemplo en el caso de Cassirer y sus reflexiones sobre la visión platónica de la estética).

Respecto de la novedosa interpretación de Leo Strauss, analizada de modo esencial y ágil en el capítulo IX, Trabattoni muestra sus puntos de fuerza y aquellos más frágiles, sobre todo en lo que se refiere a la contraposición entre esotérico (para

los iniciados) y exotérico (para el lector no especializado) que habría guiado a Platón a la hora de escribir sus Diálogos (según Strauss). Tal hipótesis, sin embargo, no llegaría a mantenerse en pie, como indica un análisis atento de los textos, y como se ve a partir de una reflexión más profunda sobre el modo de entender la filosofía platónica (cf. especialmente las pp. 196-197).

Las ideas de Martha Nussbaum sobre Platón en su famoso volumen *The Fragility of Goodness* son objeto de atención del capítulo X, en el que las críticas no faltan ante los errores hermenéuticos y las conclusiones a las que llega la estudiosa norteamericana respecto de la concepción platónica sobre el placer y la vida ética. Finalmente, el capítulo XI hace una presentación de algunas ideas de Enzo Paci sobre el *télos* griego, especialmente en el ámbito de la tragedia y de la filosofía antigua.

El volumen no ofrece, al final, índice de nombres ni un elenco de la bibliografía (abundante) usada en los distintos trabajos. Aunque ya he señalado algún punto de disconformidad respecto a algunas ideas ofrecidas por Trabattoni, hay que decir que esta publicación resulta sumamente interesante para conocer cómo algunos estudiosos del siglo XX han analizado, con mayor o menor acierto, el pensamiento de Platón; y para valorar oportunamente la necesidad de una buena colaboración entre historiografía y filosofía sistemática, en orden a evitar errores interpretativos de mayor o menor gravedad.

Fernando Pascual, L.C.

Mauro Piacenza, *Il sigillo. Cristo fonte dell'identità del prete*, Cantagalli, Siena 2010, 160 pp.

Il Cardinale Mauro Piacenza, Prefetto della Congregazione per il Clero, con il suo nuovo volume – *Il sigillo* – parla pro-

prio ai sacerdoti, al servizio dei quali è dedicato il Dicastero vaticano che egli preside. È un libro che promuove bene la santità sacerdotale, ripercorrendo quelli che sono i luoghi prediletti della spiritualità del prete, della sua formazione permanente, dell'aggiornamento del ministero pastorale, della dedizione vitale alla Chiesa di Cristo. Infatti, come recita il sottotitolo del testo, è Cristo stesso la fonte originaria e originante dell'identità di ogni prete, consacrato nel "sigillo" del sacramento dell'ordine.

Si tratta di un libro che ben si presta per contribuire a quell'auspicato rinnovamento spirituale dei sacerdoti nel mondo, che costituisce una delle sollecitudini principali del pontificato del Santo Padre Benedetto XVI, e a cui lo stesso Papa aveva dato segno particolarmente importante nell'indizione dell'Anno sacerdotale (2009-2010). Anche il presente volume nasce da una simile sollecitudine pastorale dell'Autore e ripropone e narra vari suoi interventi e meditazioni offerte in più occasioni ai preti in diverse parti della Chiesa, nonché pronunciamenti in occasione di convegni e di pubblicazioni varie.

Tra i primi passi di questa lettura ci si confronta con il mistero della vocazione sacerdotale, che esige sia una formazione costante, sia una fedeltà totale al ministero. Esiste in realtà la necessità di riaffermare l'identità del prete nella società attuale, in quanto più volte questa fu esposta alle critiche e offuscamenti nei tempi non molto lontani. Proprio a partire dalla dottrina dell'ordinazione sacra, che fa nascere l'*alter Christus*, non sarà pensabile una visione riduzionista del ministero sacerdotale quale fosse un mero esercizio di un ufficio tra gli altri al bene della comunità. In realtà è necessaria la fede profonda e viva per poter comprendere il dono del sacerdozio nella sua vera identità. Come nota l'eminente Autore, solo in un contesto di fede vivace ed esistenzialmente rilevante, la vocazione sacerdotale è più facilmente intuita, più liberamente accolta e più fedelmente seguita. "Un Sacerdote che si rende – poi – conto di ciò che com-

pie, conformando a Cristo la propria esistenza, vince il mondo! E tale vittoria è il vero 'documento' della risurrezione di Cristo" (capp. I-II).

In questo spirito si ripropongono al cammino sacerdotale in mezzo al mondo attuale quelle che sono le coordinate della sua identità da sempre. Egli è innanzitutto l'uomo della preghiera, l'uomo della liturgia delle ore e l'uomo della Santa Messa quotidiana, nonché spiccatamente l'uomo devoto della Vergine Maria, con il ricordo particolare della preghiera del Rosario (capp. III-IV). In realtà, dice il Card. Piacenza: "la preghiera non è solo l'esperienza dell'amante, ma anche il bisogno dell'amato: chi si sente davvero prediletto dal Signore, che fa l'esperienza di essere stato scelto e amato in modo particolare, anche attraverso la Chiamata e il Ministero ricevuto, avverte la preghiera come un bisogno costante ed irrinunciabile, come il respiro per la vita, come la sola vera possibilità di stare con l'Amato" (p. 65). Ed "è Cristo a pregare in noi, quel medesimo Cristo, il cui Cuore non negava nulla al Padre" (p. 71). Il culmine della preghiera della Chiesa rimane l'Eucaristia ed è proprio nella celebrazione eucaristica che si trovano tradizionalmente le prime fonti e principi della spiritualità sacerdotale. L'Autore la illustra partendo dallo stesso rito della Santa Messa, che plasma l'essere del prete. Una figura di santo confratello che spicca tra le altre è quella di san Giovanni Maria Vianney, che nella sua semplicità offre l'esempio di eroicità e di forza profetica del ministero, particolarmente nelle ore del confessionale, in cui egli si era "consumato" per Cristo.

L'identità sacerdotale passa poi attraverso il legame del prete con il proprio Vescovo, in cui deve trovare padre, fratello e amico (cap. V). In essa si ritrova anche il legame vitale con tutta la Chiesa, teso al servizio di ogni battezzato, in specie ai fedeli laici. Il libro costata al riguardo le due tentazioni molto attuali, quella di tendere verso una "secolarizzazione" da parte del clero e, dall'altra parte e quasi paradossalmente, quella di una ricerca

da parte del laicato di una “clericalizzazione” (cap. VI). Il richiamo alla fedeltà alla propria vocazione e al proprio ministero è necessario per poter vivere una comunione di ministeri e una collaborazione di carismi, senza impoverimento ed effettivo tradimento della vocazione di ciascuno nella Chiesa.

Non si trascura alla fine del volume un tratto particolare dell’impegno sacerdotale, chiamato ad annunciare la Parola di Dio in ogni circostanza: esso si collega all’ampio ambito della comunicazione, oggi di particolare attualità. Se il Sacerdote è, e deve essere, l’“uomo della comunicazione”, egli – per non comunicare se stesso, ma Gesù Cristo e la sua salvezza – non potrà che rinnovare ogni giorno il proprio servizio come un annuncio ecclesiale, una “comunicazione” della e nella Chiesa di Cristo.

Il volume nel suo insieme si propone come il contributo di un Pastore, che nella dinamica missionaria della fede, fa riscoprire ed riaffermare la preziosità del Sacerdozio e l’urgenza di riproporlo nella sua profondità per l’evangelizzazione del mondo d’oggi. Quanto più l’uomo moderno si allontana dalle vie di Dio e trascura la fede, tanto più ha bisogno del ministero autentico e coerente dei sacerdoti, che non sottovalutano l’esercizio fedele, affidato a loro, del *munus sanctificandi*, che riprendono la radicalità e la totalità dell’adesione a Cristo, il quale li ha chiamati e in cui deve rispecchiarsi la loro vita e il ministero.

Krzysztof Charamsa

Leo Scheffczyk - Anton Ziegenhaus, *Fondamenti del dogma. Introduzione alla dogmatica*, vol. I della *Dogmatica cattolica*, ed. Manfred Hauke, Lateran University Press, Città del Vaticano 2010, 336 pp.

La *Dogmatica cattolica* (or. ted. *Katholische Dogmatik*) del Card. Leo Scheffczyk e del Prof. Anton Ziegenhaus è

apparsa in originale tedesco negli anni 1996-2003 (MM Verlag, Aachen), comprendendo otto volumi (I. *Fondamenti del dogma. Introduzione alla Dogmatica*, II. *Il Dio della Rivelazione. Il mistero di Dio*; III. *La creazione come apertura alla salvezza. Dottrina sulla creazione*, IV. *Gesù Cristo. La pienezza della salvezza. Cri-stologia e soteriologia*, V. *Maria nella storia salvifica. Mariologia*, VI. *La realizzazione della salvezza nella grazia. Dottrina sulla grazia*, VII. *La presenza della salvezza nella Chiesa. Dottrina sacramentaria*, VIII. *Il futuro della creazione in Dio. Escatologia*). Questa grande opera dogmatica riceve ora – con la pubblicazione del primo volume, di cui l’originale tedesco porta il titolo *Grundlagen des Dogmas. Einleitung in die Dogmatik* – l’inizio della sua traduzione italiana, allargando il raggio del suo benefico influsso sul pensare teologico contemporaneo. Come a suo tempo annunciava lo stesso illustre Co-autore, Leo Scheffczyk, l’opera non vuole solo esporre il dogma, ma esaminarlo nel suo significato, nella sua importanza e nella sua necessità in vista della vita di fede e di salvezza delle anime, realizzando quel percorso teologico che si esprime nel versante della dottrina e della scienza di fede, senza mai perdere di vista il legame profondo che intercorre tra il lavoro intellettuale sulla fede e la vita di fede.

Il primo volume è preceduto da una “Nota del curatore” (pp. 9-10) preparata dal Prof. Manfred Hauke, a cui si deve riconoscimento per aver intrapreso la non facile impresa di offrire al lettore italiano l’impegnativo testo del *Dogmatica cattolica*, comprensiva di dovuti aggiornamenti bibliografici. In effetti, l’opera fu scritta tenendo presente la mentalità, i dibattiti e le circostanze teologiche proprie degli ambiti di lingua tedesca, spesso non pienamente afferrati nelle altre aree linguistiche, e pertanto la traduzione non si presentava come un impegno senza difficoltà. Il risultato è di particolare importanza proprio perché offre al lettore italiano, attraverso l’esposizione del dogma, anche

una fonte di conoscenza di problematiche legate al confronto con la teologia protestante, viste dal punto di vista della dottrina cattolica, in una giusta ottica ecumenica.

In questo primo volume si trova anche un'ampia "Introduzione all'opera teologica del Cardinale Leo Scheffczyk" (pp. 11-64), offerta dello stesso curatore e al contempo discepolo e grande conoscitore del pensiero di Scheffczyk. Le pagine introduttive danno un'utile inquadramento del cammino teologico del maestro. Scheffczyk è nato a Beuthen nell'Arcidiocesi di Breslavia (Wroclaw) il 21 febbraio 1920 ed è morto a Monaco di Baviera l'8 dicembre 2005. Fu sacerdote dell'Arcidiocesi di München und Freising (Germania) e discepolo di un altro grande teologo Michael Schmaus, con cui si era laureato, divenendo poi, nel 1965, ordinario della cattedra di dogmatica presso l'Università di Monaco. Da professore emerito, egli fu creato cardinale da Giovanni Paolo II nell'anno 2001. La sua produzione teologica conta circa un'ottantina di libri e varie centinaia di articoli, saggi e relazioni.

Approdiamo ora ai contenuti dell'opera stessa. I capitoli del primo volume della *Dogmatica cattolica* sono i seguenti: (1.) La Rivelazione, principio della dogmatica; (2.) La Sacra Scrittura, norma vivente della dogmatica; (3.) La Tradizione, istanza interpretativa della Sacra Scrittura; (4.) La Chiesa docente come prossima regola della fede; (5.) Il magistero che si pronuncia infallibilmente; (6.) Il dogma come punto focale della Tradizione; (7.) Lo sviluppo dei dogmi; (8.) I percorsi di comprensione del dogma; (9.) La dogmatica, scienza teologica; (10.) Il dogma e la fede viva.

Non intendiamo in questa sede ripercorrere i singoli quadri che offrono la sintetica, chiara e al contempo completa esposizione delle verità affrontate. Vogliamo sottolineare solo due parti di particolare attualità: quella dedicata al tema dello sviluppo dei dogmi (pp. 185-202), in cui si affrontano innanzitutto i presupposti per la giusta comprensione della storia del

dogma, per affrontare poi più in specifico il processo dello sviluppo dei dogmi, analizzando alcune teorie al riguardo (le teorie intellettualistiche, il modello storico dinamico, L'interpretazione storico-psicologica) e approdando ad indicare i criteri per uno sviluppo legittimo. La seconda parte da rilevare (pp. 203-226) è collegata con quella appena menzionata e riguarda l'arduo impegno della comprensione del dogma, oggi presente in particolare nel dibattito sull'interpretazione dei dogmi e sulle questioni del linguaggio storico. Anche in questo delicato ambito gli Autori riportano attenzione dei lettori a quanto sia essenziale e indispensabile nel compito di adeguata, ecclesiale comprensione delle verità dogmatiche di fede cattolica.

L'opera nel suo insieme vuole servire da manuale, in quanto presente una spiegazione delle verità di fede composta in modo organico, seguendo la storia della salvezza culminata in Gesù Cristo, e non trascurando il confronto con il panorama filosofico moderno e con le questioni di carattere ecumenico, sempre dal punto di vista della dottrina della Chiesa.

In attesa del secondo volume dell'opera, dedicato al *Dio della Rivelazione* (in tedesco *Der Gott der Offenbarung. Gotteslehre*), ovvero al trattato *de Deo uno et trino*, si formula sin d'ora auspicio affinché la nuova *Dogmatica* possa essere accolta e recepita nel panorama teologico italiano, anche a livello di quei testi di base e di manualistica, che esigono sempre più una chiarezza e una completezza dell'esposizione del dogma per poter alimentare con frutto la coltivazione della scienza sacra e della vita di fede. Si spera che quest'opera possa iscriversi tra i manuali, che hanno già fatto fortuna, come la *Piccola dogmatica cattolica* di Johann Auer e Joseph Ratzinger, negli anni ottanta del secolo passato, distinta in particolare per una spiccata attenzione alla storia del dogma, oppure il più sintetico, ma completo volume di *Dogmatica cattolica* di Gerhard Ludwig Müller, di cui pubblicazione e traduzione italiana ha segnato gli anni novanta, e si caratterizza per uno

sguardo attento ai rapporti con la filosofia – per ricordare solo due validissime opere contemporanee di lingua tedesca, accessibili anche nella lingua di Dante. Si spera ora che, analogamente, l'opera di Leo Scheffczyk e di Anton Ziegenhaus diventerà un punto di riferimento specialmente per i giovani teologi e studenti della scienza sacra.

Krzysztof Charamsa

Flavio Placida, *Il dialogo tra Catechesi e Liturgia nell'itinerario di Iniziazione Cristiana*, pref. E. dal Covolo, Centro Liturgico Vincenziano - Edizioni Liturgiche, Roma 2010, 234 pp.

Don Flavio Placida, docente di catechistica alla Pontificia Università Urbaniana e socio della Pontificia Accademia Teologica, è già autore di alcuni studi nell'ambito catechetico e liturgico, tra i quali si ricordano *Aspetti catechistico-liturgici dell'opera di Cromazio di Aquileia* (2005) e *Le omelie battesimali e mistagogiche di Teodoro di Mopsuestia* (2008). La recente pubblicazione affronta un tema teologico particolarmente attuale, quello della relazione tra la missione catechetica e l'azione liturgica nell'itinerario dell'iniziazione cristiana, esaminato alla luce di un ritorno ai Padri della Chiesa. Infatti, come ricorda l'autore, riprendendo *Catechesi Tradendae* di Giovanni Paolo II «la vita sacramentale (...) diviene sterile ritualismo se non è basata sulla conoscenza di Cristo e sulla comprensione del significato dell'azione liturgica, mentre la catechesi diventa intellettualistica se non sfocia in un'esistenza sacramentale, capace di trasformare l'uomo vecchio, rivestendolo di luce» (p. 167). Fedele a questo auspicio al quale occorre aggiungere anche la testimonianza della carità nella concreta vita ecclesiale dei credenti, il teologo ribadisce la necessità di uno stretto rapporto tra annunzio della Parola, liturgia e carattere missionario della Chiesa poiché «l'uomo con-

temporaneo non riesce a percepire e intendere il valore dei segni sacramentali, come anche l'annuncio cristiano, proprio a causa della difficoltà socio-culturale nella quale vive» (p. 181). Un contributo, quindi, quello di don Placida, che si apre con coraggio alle sfide della modernità, disegnando una Chiesa capace di parlare all'uomo attuale e di realizzare la sua missione profetica, seguendo «la pedagogia di Dio Padre che ha rivelato gradualmente agli uomini la perfezione del suo amore, andando loro incontro con parole familiari (...), parlando loro dall'interno: dalla Croce del Figlio amato» (p. 172). Questa divina pedagogia della quale l'autore individua, con acribia e ampiezza speculativa, i segni in ambito catechetico e sacramentale, è rilevata attraverso il documento episcopale *Il Rinnovamento della Catechesi*, ricordato nella parte del libro che analizza l'apporto dell'episcopato italiano al rinnovamento del nesso tra catechesi, atto liturgico e iniziazione cristiana (pp. 171 ss.). Il testo ospita, infatti, una puntuale ricognizione dei documenti conciliari e post-conciliari che, partendo dal Concilio Vaticano II, definito da Paolo VI «il più grande catechismo dei tempi moderni» (p. 154), hanno cercato di rinnovare il modo di intendere la prassi liturgica, inserendola in un più ampio percorso formativo e rilevando come il sacramento sia una realtà viva avvolta dalla Parola di Dio e «spezzata», assieme al pane eucaristico, nella duplice forma della catechesi liturgica e della catechesi permanente. In tale percorso si recupera il modello patristico del catecumenato, valorizzato contro quelle fratture tra sacramento e Parola di Dio, tra religione e cultura, che furono approfondite dalla Riforma luterana e dalla svolta illuministica del Settecento.

Nella sua lezione sul nesso catechesi-liturgia il libro di don Placida segue il paradigma patristico, offrendo un'attenta ricostruzione degli scritti catechetici e catechistici dei Padri della Chiesa e cogliendo elementi di continuità e di sviluppo rispetto alla tradizione biblica. Si presta attenzione a teologi o testi ricchi di notazioni

essenziali in merito, come la *Didachè* o Dottrina dei XII Apostoli, la *Tradizione Apostolica* di Ippolito, le *Omellie Catechistiche* di Teodoro di Mopsuestia, l'*Istruzione catechistica ai competenti* del vescovo Niceta di Remesiana che si sofferma «sul superamento di ogni forma di dualismo nella fede, sia tra Dio e il mondo, sia quello tradizionale tra anima e corpo» (p. 139), evidenziando il significato salvifico del Verbo incarnato. Compaiono poi i maestri come Giustino, Tertulliano, Cirillo di Gerusalemme, Giovanni Crisostomo e Ambrogio di Milano. Questo studio offre, quindi, un contributo prezioso alla conoscenza della vita ecclesiale e comunitaria nei secoli dell'epoca patristica. Sottolinea, inoltre, l'importanza di formare cristiani consapevoli, capaci di tradurre ogni sacramento in vita di carità e di comunione, anche nel continente europeo dove, nonostante la tradizione cattolica, come sosteneva Giovanni Paolo II nella sua *Ecclesia in Europa*, urge ancora una prima azione evangelizzante (p. 194). Le ampie riflessioni presenti sono, poi, sempre radicate nella Sacra Scrittura. Il primo capitolo del libro (pp. 21-43), infatti, rilegge i passi antico- e neotestamentari in cui emerge il rapporto tra dimensione liturgica e istruzione della comunità dei fedeli nella Parola di Dio (in *Ne* 9,6-36 e *Ne* 10,1, per esempio, l'autore individua un modello arcaico di catechesi iniziatica, quella di Giosuè che ripercorre le tappe della storia salvifica di Israele).

In conclusione, il volume mostra, proprio a partire dal patrimonio del Padre della Chiesa, come vivificare il dialogo fra liturgia e catechesi, con una «proposta catechistica *intergenerazionale*» (p. 215), capace di nutrire i fedeli alla mensa della Parola di Dio e della comunione al Corpo e al Sangue di Cristo. Degno di nota, inoltre, è anche l'approfondimento teologico che riconduce il legame tra liturgia, catechesi ed evangelizzazione ecclesiale alla missione di Gesù Cristo. Quest'ultima, infatti, «riflette il cammino spirituale e pastorale della Chiesa, dove il primo annuncio genera la fede, la fede stimola un per-

corso catecumenale di conversione e di incontro sacramentale con la grazia che trasforma e, infine, conduce a una vita nuova, illuminata dalla carità» (p. 203). Cristo permette, infatti, di vedere ciò che non è visibile, di udire quanto non è udibile poiché «non avremmo potuto né vedere né godere Dio così com'è, se Dio non si fosse fatto quel che noi siamo per farci degni di goderlo» (Cirillo di Gerusalemme, *Catechesi* XII,13, p. 83).

Krzysztof Charamsa

John Rziha, *Perfecting Human Actions: St. Thomas Aquinas on Human Participation in Eternal Law*, The Catholic University of America Press, Washington DC 2009, pp. x-300.

As the subtitle indicates, John Rziha's study takes up the theme of our participation in eternal law, the divine wisdom or *ratio* that orders all creatures to perform their proper actions in accord with their end. Rziha's goal is to show how the Thomistic notion of participation in the eternal law provides a foundation for moral theology and for principles such as reason, nature, virtue, law, happiness, grace and the gifts of the Holy Spirit. The eternal law, according to Rziha, exercises an exemplary causality on all human actions. These actions, in turn, are related to God as effects participating in their cause.

Part of Rziha's main thesis on the founding role of participation and God's causality is summarized as follows: "God as first efficient cause moves all humans to direct themselves and others in accord with their nature that is made in God's image. God as first exemplary cause directs and guides humans to actions in accord with their natural end. And God as the ultimate final cause is the ultimate end that humans seek through actions ordered to attainment of God. Since an effect participates in its cause, the relation between the human agent and the divine is that of

participation, and because the eternal law moves humans to actions in accord with the end, at the foundation of moral theology is the notion of participation in eternal law” (p. 258-259).

The metaphysical notion of participation is fundamental to Rhiza’s argument. Hence, he dedicates Chapter One to four Thomistic explanations and interpretations of participation: those of Cornelio Fabro, Louis-Bertrand Geiger, John Wipfel and Rudi te Velde. Rziha adequately summarizes the main points of their interpretations, yet unfortunately does not undertake an in-depth comparison of their respective theories so as to come to a conclusive judgment on their value. Some critical remarks are made in the footnotes, but Rziha’s main goal seems to be to bring out what is positive in each of the theories.

Rziha leaves aside the problem of the creature’s essence or nature and concentrates rather on the creature’s *esse* (substantial, primary act) and operation (additional, secondary acts) and how as perfections they are participations and related to God. His conclusion is that “since Thomistic moral theory is concerned with the rational creature’s return to God by means of acts ordered to God, and with becoming like God through their secondary acts, the notion of participation is also at the foundation of his moral thought” (p. 27-28).

Chapter Two is divided into two parts. Part One studies the theology of creation; Part Two concentrates on the eternal law as cause of human actions in the *prima secundae* of Aquinas’ *Summa theologiae*. Part One has three goals: examining God as the source of all perfection; investigating how the substantial and accidental perfections of all creatures participate in God; and exploring on how humans as rational creatures participate in God by their perfections (p. 31). Rziha concludes this first part with a presentation of both the distinction between human participation in God as moved and governed by eternal law (studied in Chap-

ter Three) and human cognitive participation in eternal law (studied in Chapter Four) and that between natural human participation in eternal law and supernatural participation by grace.

The consideration of God as efficient, exemplary and final cause of all created perfection opens up to that of the distinction between divine providence – the *ratio* within the divine intellect ordering all things to divine goodness – and the divine government – the execution of this *ratio* – of the universe through his eternal law. Although both divine providence and eternal law are the *ratio* of God, they can be distinguished: providence, Rziha writes, emphasizes the wisdom ordering something to the end; law emphasizes the aspect of the command that moves something to its end (p. 41). Divine providence includes (analogically) the acts of counsel, judgment and command, and thus is a broader concept than eternal law which focuses primarily on the aspect of command.

These reflections on providence, governance and law are followed by a threefold causal consideration of the participation that flows from the creature’s substantial act of *esse*. As efficient cause, God produces and sustains the creature’s participated act of being; as exemplary cause, God’s divine ideas cause the mode of this participation in *esse*, determining it through the form of the creature; as final cause, God orders the creature naturally to its particular end. The diverse participation of the substance allows for the possibility of a variety of actions “in which a subject is ordered to its proper end in accordance with its form” (p. 44). The operation of a creature is also considered according to God’s threefold causality. Here the notion of instrumental causality is helpful: “When an instrument is moved to perform its proper action, the instrument is given the power to move by the agent (efficient cause); it is moved in accord with the exemplar in the agent’s mind (exemplary cause), and the end of its action is the end of the agent (final cause)” (p. 62).

After considering how all creatures participate in God, Rziha looks at how humans specifically participate in God. First, humans are governed and moved by God as free rational beings who know and freely choose the action to which they are moved. Second, humans govern themselves and cognitively participate in the eternal law, in God's knowledge as commanding all creation to act. Humans know the form of the action to be performed and thus have a limited knowledge of the *ratio* in God. The mode of participation of humans in eternal law, which is limited by their natural form, is unique: "As efficient cause, God gives both the intellect and the will the power to act (*ST* I.105). As exemplary cause, God gives the intellect the intellectual forms by which it understands and causes things (*ST* I.105.3). As final cause, God is the source of all goodness that moves the will since He is universal good from which all other things are good by participation (*ST* I.105.4; I-II.9.6)" (p. 73).

Because the eternal law orders humans to a supernatural end, humans must be perfected by grace in order to achieve this ultimate, supernatural end. Through the supernatural form of grace, which acts as the principle of actions that are beyond human nature, humans are made like God by participating in his divine nature. The performance of such actions means that humans are supernaturally moved and governed by eternal law and have a certain supernatural knowledge of the eternal law (p. 91-92).

In Part Two of the chapter, Rziha delves into the relationship of the principles of human actions (happiness, virtue, law, grace) to the eternal law in order to explain the causal role of eternal law in human actions. God's eternal law is the *ratio* that moves humans to their proper end. Humans are moved to this end both by an interior principle of motion and also cognitively, insofar as they have knowledge of this *ratio*. Knowledge of this *ratio* is obtained by means the natural law known by natural reason and by means of

the divine law known by revelation. "These laws act as exterior principles moving humans to perform actions ordered to their ultimate end" (p. 108-109). Grace, as well, acts as an exterior principle moving humans to their end of eternal happiness and giving man the ability to participate supernaturally in eternal law. Grace, as an exterior principle, causes the theological virtues and the infused moral virtues which serve as interior principles of supernatural actions. Grace is also the principle of the Holy Spirit's gifts (science, understanding, wisdom and counsel) that perfect the intellect and allow humans to act according to the wisdom of God. Rziha concludes: "Through grace, humans are moved by the eternal law to perform meritorious actions, and since they are moved as rational creatures, their intellect is also supernaturally perfected, thereby allowing humans to cooperate in the performance of divine actions" (p. 110).

Chapter Three looks at how the eternal law moves and governs humans by means of their natural inclination to their proper end. This opens up to the theme of how these natural inclinations are perfected by the acquired virtues, the infused virtues, and the gifts of the Holy Spirit and how humans are more perfectly moved and governed by the eternal law. Rziha begins by noting how the varying degrees of conformity between eternal law and a human action gives rise to varying degrees of participation in eternal law. The greater participation in eternal law (for example, when the natural inclinations are perfected by the acquired virtues) results in a more perfect attainment of the end, and is essential for humans to reach their ultimate end of happiness.

In explaining the created agent's participation in the divine power (efficient cause), wisdom (exemplary cause), and goodness (final cause), Rziha recalls Aquinas teaching on how instrumental causes participate in the exemplary form of the agent cause's mind. The instrument

is moved in accord with its own form and in accord with the exemplary form: "Hence, there are two causes of every action, the divine agent who is the first cause and the created agent who acts by means of participation. The eternal law as the exemplary form in God's mind determines how a creature is divinely moved to the ultimate end" (p. 119-120). The eternal law moves humans to act in accord with their form (with reason) and by means of the natural inclinations of their intellect, will and passions. Since "these powers are undetermined in reference to determining the means to happiness they must be perfected by good habits, which dispose them to cause actions that are in conformity with the end to which they are naturally inclined. To the extent humans perform these actions, they are perfected and they are like God who is all perfections by essence" (p. 129). God inclines humans to participate more perfectly in eternal law by acquiring virtue. The mode of being of humans is increased by virtues since they give humans a greater potency to act. "The virtues determine the intellect, will, and passions to actions that are in conformity with the end to which they are naturally inclined. To the extent humans acquire these virtues, they are perfected and are more like God who is the cause of these perfections" (p. 142).

The form by which humans are directed by eternal law can be either their essential form (the human soul) to their natural end or a participated form (habitual grace) to an end that exceeds their nature. The last aspect is taken up in Rziha's examination of three supernatural participations in eternal law: through habitual grace, through the theological virtues and through the gifts of the Holy Spirit. First, habitual grace perfects participation in the eternal law because it elevates the soul making it like God and capable of performing actions that are ordered to the end of eternal life and in accord with divine nature. Second, the theological virtues perfect participation in eternal law, perfecting the intellect and the will to per-

form actions ordered to the ultimate end of happiness: "Specifically, faith, hope, and charity determine humans to actions that are in accord with a supernatural end. This end is known through faith, desired through hope, and charity causes actions to be ordered to this end" (p. 173). Thirdly, the gifts of the Holy Spirit as supernatural habits increase participation in eternal law by allowing humans to be directed to divine actions ordered to their ultimate end: "The gifts of the Holy Spirit aid the theological virtues by perfecting the powers of the soul to be moved by the Holy Spirit" (p. 181).

Chapter Four explains our cognitive participation in eternal law, our sharing in God's knowledge through the natural light of the intellect and the infused light of grace. This cognitive participation "is increased by the acquired intellectual virtues, the infused intellectual virtues, and the gifts of the Holy Spirit that perfect the intellect. Through these virtues and gifts humans know more perfectly which acts are in accord with the eternal law and therefore their ultimate end" (p. 4-5).

Since God moves all things in accord with their form, humans come to participate in knowledge of the eternal law through the acts of the intellect: simple apprehension, judgment, and discursive reasoning. The acquired intellectual virtues, the infused intellectual virtues and the gifts of the Holy Spirit perfect the intellect to understand things through these three acts. The acquired, speculative intellectual virtues (understanding, science, and wisdom) increase this participated knowledge and give humans the ability to contemplate truth and make things and give them a greater aptness to perform good works. "*Synderesis* and moral science give humans the ability to know the natural laws which act as the ends of practical syllogism, and prudence perfects the intellect to reason to the proper conclusion, judge it and command it. By perfecting the intellect to act in accord with the ultimate end, these virtues increase participated knowledge in the eternal law" (p.

229). Over and above this natural participation, there is a supernatural cognitive participation by the divine light of grace (p. 255).

In his exposition of these points, Rziha follows the same outline he did in the last chapter, dealing first with grace, then the virtues, and finally with the gifts of the Holy Spirit. With regard to grace, perfect natural knowledge of the good requires both healing grace and elevating grace which allows them to perform supernatural actions. The grace God infuses heals the natural light of the intellect and its ability to understand propositions and reason from these. Grace gives the intellect the ability to understand by means of a supernatural light, while faith gives supernatural principles from which both the speculative and the practical intellect can reason to conclusions. "By assenting to these principles, humans increase their cognitive participation in God who is the exemplary cause of all knowledge" (p. 236). With regard to the gifts of the Holy Spirit, Rziha shows how the Holy Spirit, who knows the ultimate end and how to attain it, perfects humans, moving them as rational creatures who need to know and choose the action they perform: "Inasmuch as they know the action God moves them to, they have a true (but limited) knowledge of the exemplar of this action in God's mind, the eternal law. Hence, the gifts of understanding, knowledge, and counsel perfect the intellect so that it supernaturally cognitively participates in the eternal law" (p. 255). The fourth gift, wisdom, is the highest perfection of the intellect. Through it, humans are able to judge things by a connaturality with the divine wisdom (p. 256).

Chapter Five applies the insights of the previous chapters to contemporary misunderstandings of more theory. First, participation in eternal law is shown to be a better foundation for a moral system than the contemporary notion of autonomy. Second, Rziha shows how this understanding of in the eternal law serves as a foundation for the moral actions of hu-

mans in the political arena. Thirdly, Rziha shows how this understanding helps to guide those who seek to discern God's will.

These three applications are followed by a dense concluding section on the directing role of eternal law in relation to the principles of human action and morality (reason, nature, virtues, law, happiness, grace, and the gifts of the Holy Spirit). According to Rziha, these principles work together in Thomas's moral theory because they cause different modes of participation in the eternal law: "[W]hen the eternal law directs humans to their end, it directs them to their end by means of each of these principles. Each of these principles causes actions in their own particular way as ordered by the eternal law" (p. 281). Since the eternal law orders human nature to particular types of actions in accord with the end of happiness and moves humans to act in accord with their rational nature, reason is at the foundation of moral action: "When human reason determines how to act in accord with nature, it forms laws that order humans to happiness. These laws [...] are a cognitive participation in the eternal law. Hence, human reason and law are ordered in accord with human nature that is naturally inclined to happiness by the eternal law" (p. 281). Virtue, however, is needed to perfect humans to perform the actions that are in accord with their rational nature. Virtue is caused by the eternal law by moving humans to perform actions determined to be good by human reason and law which cognitively participate in the eternal law: "God acts as the first efficient cause by moving humans to perform good actions repetitively in accord with the laws that are caused by the eternal law as first exemplary cause. Furthermore, all virtues are ordered by the eternal law to happiness (the final cause)" (p. 282).

The eternal law, then, is the foundation and measure of all the natural moral principles and the supernatural moral principles, the infused virtues and the gifts of the Holy Spirit, that stem from

grace. Grace gives the soul the ability to perform actions in accord with eternal happiness and directs the intellect and will through the written law of Scripture and the inspiration of the Holy Spirit. "Because grace does not destroy nature but perfects it, Thomas's moral theory is organized so that for each natural principle, there is a supernatural principle that perfects it": human nature by grace, natural inclinations by the theological virtues, acquired cardinal virtues by the infused cardinal virtues (p. 282-283). The gifts of the Holy Spirit aid the theological virtues to perform divine actions by means of divine inspiration and accompany the new law of the Holy Spirit (I-II, q. 68, a. 1). The interaction of all the different notions of happiness, virtue, law, and the gifts is also seen within the twelve steps (p. 211) of a complete human action: "Every good human action is ordered to happiness, stems from a law, and is caused by virtue that perfects the powers of the soul" (p. 283). Rziha concludes that in order for humans to perform acts in accord with the ultimate end to which they are ordered by eternal law and naturally and supernaturally inclined, "all the various types of law, virtues, and gifts are necessary, and each has its proper role as assigned by the eternal law" (p. 285).

My overall assessment of Rziha's work is very positive. It will surely become a standard point of reference for coordinating important themes in Thomistic moral theology. Rziha's work skillfully draws new attention to an over-looked aspect and key point in Thomistic moral thought. Philosophical theology courses would do well to add a section on divine law in their discussion of divine providence and governance. Rhiza's book would be an adequate starting-point.

I found Rziha's continual references to God's threefold causal action very enlightening and intellectually stimulating. The section on instrumental causality was excellent. The conclusive paragraphs that summarize the ideas in each main section were very helpful in building the argu-

ment and guiding the reader throughout the book.

There were, however, some metaphysical and theological themes that could have been developed more and that could possibly be added in a second, revised edition.

From a metaphysical perspective, Rziha focused on *esse* and operation as perfections and left aside of the problem of the relationship between participation and the creature's essence or nature. I believe that providing a more complete picture of the participative structure of created *ens* – with regard to *esse*, essence, accidents and operation – in Chapter One would have repercussions throughout the work (for example, with regard to the relation between nature and grace). Adding a section to the first chapter which compares and contrasts the various participation theories and which clarifies how composition, causal dependence and likeness (imitation) all work together in the Thomistic notion of participation would be helpful. The same could be said for a second problem on the relationship between what Rziha calls the "substantial act of *esse*" and the "accidental acts of *esse*" (p. 146). Here I would encourage clarifying the status of accidental *esse*, possibly in light of Fabro's theory on intensive, emergent *esse*. Third, Rziha's treatment of exemplary causality was somewhat limited. Insight on the nature of exemplary causality within the structure of participation could be gleaned from the conclusions of Gregory Doolan's *Aquinas on the Divine Ideas as Exemplar Causes* (CUA Press 2008). Giving exemplary causality the primacy as regards the causal influence of eternal law on creatures was affirmed by Rziha rather than convincingly argued. In this context it would be interesting to examine more deeply the nature of "operative participation" and its relationship to final causality.

From a theological perspective, I believe more could have been said on the problem of the supernatural. I found it odd that Rziha did not mention or refer-

ence Henri de Lubac or Jorge Laporta even though there were continual references to eternal law ordering humans to a supernatural end. In a similar vein, more could have been said on the problem of the essence of grace and the *esse* of grace in relation to the creature's *actus essendi*. Here Fernando Ocariz's *Naturaleza, gra-*

cia y gloria (EUNSA, 2000) or Marcelo Sanchez Sorondo's *La gracia como participación de la naturaleza divina* (Buenos Aires, 1979), both developed along the lines of Fabro's theory of participation, could provide insight.

Jason A. Mitchell, L.C.



Walter Leszl, *I primi atomisti. Raccolta dei testi che riguardano Leucippo e Demócrito*, Leo S. Olschki, Firenze 2009, LVII + 449 pp.

El silencio de Platón sobre Demócrito ha suscitado y suscita una pregunta casi inevitable: ¿por qué el fundador de la Academia no dedicó ninguna línea para exponer, aunque fuese sólo para criticarlas, las ideas de Demócrito? Aristóteles, en cambio, hizo justicia al gran atomista griego, sobre el que se expresó en numerosas ocasiones con juicios generalmente negativos. Después, diversos hechos culturales nos dejaron huérfanos de sus escritos, por lo que la historiografía filosófica sólo puede conocer a los primeros atomistas a través de los fragmentos legados por algunos pensadores del pasado.

Ello explica que cualquier esfuerzo científico por dar a conocer los escritos de los primeros atomistas sea siempre motivo de un juicio positivo. Tras diversas publicaciones que han buscado penetrar en el misterio atomista, Walter Leszl ofrece un nuevo volumen con los textos de los dos primeros autores de esta importante corriente filosófica griega, Leucipo y Demócrito, por ahora sólo en italiano, y posteriormente, según anuncia, en latín y en griego.

Al inicio de la amplia introducción, Leszl explica el sentido de su obra, que se coloca en una serie de trabajos que esperan en breve salir a la luz. Aclara, además, que la obra está acompañada por un cdrom que contiene una serie de instrumentos e índices (entre ellos un interesante cuadro sinóptico) sumamente útiles para reconocer las fuentes y las concordancias de los textos traducidos, así como una bibliografía pertinente al tema (pp. V-

VI). Respecto de otras ediciones de fragmentos de Leucipo y Demócrito, como la de Diels-Kranz y la de Luria, el presente volumen añade otros 70 textos, lo cual justifica en buena parte su utilidad (pp. VI-VII, donde se exponen los criterios seguidos a la hora de añadir tales textos). La concordancia de los fragmentos recogidos por Leszl respecto de las dos ediciones apenas mencionadas se encuentra también en el cdrom adjunto al libro.

La introducción dedica un amplio espacio a discutir sobre las fuentes que tenemos para el acceso al pensamiento de los primeros atomistas, así como sobre cuestiones ampliamente debatidas por los estudiosos (por ejemplo, la mayor o menor plausibilidad que puedan tener los fragmentos sobre ética atribuidos a Demócrito/Demócrates).

No falta una justificación de los criterios seguidos para ordenar el material, no según la división escogida por Diels-Kranz en la cual quedaban separados testimonios y fragmentos, sino simplemente según contenidos acompañados por diversas siglas (explicadas en la p. XLVI) que quizá serían más claras si hubieran sido organizadas en algún tipo de tabla por columnas. Los textos recogidos no ofrecen en muchas ocasiones una clara distinción entre lo que sea de Leucipo y lo que sea de Demócrito por las dificultades que existen a la hora de querer separar sus respectivas doctrinas, si esto fuera posible (cf. pp. XLVII-XLVIII), sino que son presentados según un orden de temáticas que el Autor justifica detalladamente (pp. XLVIII-LI).

Los fragmentos recogidos en las más de 400 páginas de la obra están acompañados por numerosas notas a pie de página, que sirven de guía al lector para la

comprensión de aspectos importantes de los mismos. Los textos (de forma individual o agrupados) se encuentran introducidos por sus respectivos títulos (como explica Leszl en su introducción, p. LV) y ofrecen las indicaciones científicas de las fuentes de origen y de los lugares paralelos en las ediciones de Diels-Kranz y de Luria.

Se trata, por lo tanto, de una importancia contribución a los estudios sobre los dos primeros atomistas. Esta publicación despierta en los lectores el apetito hacia las obras que Leszl espera publicar próximamente en las que recoge su larga investigación sobre el atomismo antiguo.

Fernando Pascual, L.C.

Aurelio Fernández, *Teología dogmática. Curso fundamental de la fe católica*, Biblioteca de Autores Cristianos, BAC Maior 92, Madrid 2009, 1108 p.

El autor de esta obra presenta un “curso fundamental de la fe católica”, consciente de que desde el Concilio Vaticano II muchas cuestiones de la reflexión teológica precedente se han ido aclarando, al tiempo que otros problemas han comenzado a requerir mayor atención en el presente contexto cultural.

En este libro se trata de hacer una exposición global de las verdades del cristianismo desde el ángulo teológico, que sin ceder en nada a la seriedad y rigor de los tratados, redunde en claridad, brevedad, y que al tiempo aparezca la interrelación que las diversas disciplinas guardan entre sí. Luego, se quieren atajar las verdades de la fe desde su fundamento bíblico hasta su consiguiente reflexión teológica. Los temas clásicos están ahí, pero junto a ellos, aparecen las cuestiones recientes y las dificultades que presentan a su comprensión cultural para el hombre de hoy.

Esta breve descripción lleva a apreciar que para el autor, al igual que para la reflexión sobre la fe que ha seguido al Va-

ticano II, es de suma importancia la recuperación de la unidad de la teología como ciencia unitaria, y así ofrecer la armonía que existe entre la fe y los tratados que la comprenden, razonan y explican.

Ante la pregunta obvia sobre cuál es el punto de partida de todos los tratados, la respuesta es: “la cristología”. Por ello, este curso fundamental parte de la cristología, de la persona de Jesucristo, para luego explicar el misterio trinitario y el ser de Dios como amor de Padre (1Jn 4,8); seguidamente se pasa a la pneumatología y a la mariología (en este orden), completándose el misterio de Dios “nacido de mujer” (Gal 4,4). Se pasa luego al misterio de la creación, como obra de la Trinidad, y del hombre o antropología. La obra del Dios trinitario se prolonga en la Iglesia, la cual desempeña su misión por medio de los sacramentos, signos eficaces de la presencia de Cristo, que de nuevo vendrá al final de los tiempos. La eclesiología, el tratado sobre los sacramentos y la escatología se vinculan necesariamente entre sí, tras brotar del misterio trinitario.

El método al que se ha recurrido obedece a la lógica de la exposición cronológica: primero los datos bíblicos, luego el testimonio patristico, la enseñanza del Magisterio, sin que se excluyan otras ciencias como primeramente la filosofía y ulteriormente las ciencias del hombre que son las que iluminan de manera prevalente los replanteamientos actuales; a modo de contera, cierran los tratados unas reflexiones teológicas conclusivas. Otros elementos que obvian la fácil comprensión del texto están constituidos por un amplio esquema que sintetiza cada tratado y por un vocabulario breve en que se recogen y definen ciertos conceptos clave que motean los diversos epígrafes. Cada capítulo cuenta con una amplia bibliografía, remitiéndose de modo preferencial a las obras que se han publicado después del Concilio, escritas originariamente o traducidas a la lengua española y de fácil lectura.

José Antonio Caballero, L.C.

Michael Heseemann, *Contro la Chiesa. Miti, leggende nere e bugie*, traduzione di Chicca Galli dal tedesco *Die Dunkelmänner. Mythen, Lügen und Legenden um die Kirchen Geschichte*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2009, 373 pp.

Come ondate si susseguono critiche e malintese sulla natura e sulla storia della Chiesa. Di fronte ad alcune delle recenti (e antiche) bugie orchestrate per ridicolizzare e indebolire la Chiesa, Michael Heseemann, storico e giornalista, presenta in questo volume analisi e riflessioni per favorire un avvicinamento ai fatti concreti come cammino per rispondere alle voci che tentano di oscurare il passato dei cattolici.

L'introduzione evoca l'origine della Leggenda nera inventata dai britannici alla fine del Cinquecento per far credere al mondo che gli spagnoli erano oppressori crudeli e avidi di sangue. Partendo da questo fatto storico, l'Autore evidenzia come le *leggende nere* sulla Chiesa vendono molto e cercano di mettere in dubbio «i fondamenti del cristianesimo e hanno un rapporto del tutto particolare con la verità» (p. 7).

Nei venti capitoli del libro, l'Autore studia, in modo agile ma con elementi di grande interesse, diversi argomenti, del passato e del presente, dove le falsificazioni, le menzogne e le mezze verità sono messe in evidenza e criticate attraverso l'evocazione di ciò che conta quando si tratta di fare una buona storia: i dati reali e i documenti affidabili.

Le diverse *leggende nere* smascherate nell'opera sono affrontate partendo da notizie, documentari oppure libri recenti

dove viene offerta una lettura distorta di alcuni fatti della storia della Chiesa. Alcuni si riferiscono ai primi secoli: per esempio, discussioni recenti relative al Sepolcro vuoto, al «Vangelo di Giuda», a Maria Maddalena, a Qumran, alle «Lettere di Gesù», alla Divinità di Cristo, all'inizio del Papato. Altri hanno come centro d'attenzione situazioni del mondo medievale: lo Scisma d'Oriente (del 1054), la (falsa) «Papessa Giovanna», le Crociate, i Catari, il «Santo Graal», i Templari, l'Inquisizione. Altri pongono lo sguardo su situazioni sorte dopo il Rinascimento: la Caccia alle streghe, il caso di Giordano Bruno (magnificamente presentato da Heseemann) e quello di Galileo Galilei. Gli ultimi tre capitoli sono dedicati a studiare la fine del potere temporale del Papato, l'operato di Pio XII di fronte a Hitler e alla persecuzione degli ebrei e le assurde teorie sulla morte di Giovanni Paolo I.

Per gli storici e per molti lettori sarebbero stati di aiuto riferimenti a piè di pagina riguardo alle fonti e ai documenti usati, ma per scelta editoriale l'opera non ne offre nessuno. A questa mancanza supplisce in parte la bibliografia finale, che può servire per ulteriori approfondimenti sulle tematiche presentate dall'Autore.

L'insieme, rimanendo in un tono generale divulgativo, rimane utile per un primo approccio a queste tematiche e per diffondere risposte concrete che aiutino a superare importanti *leggende nere* che sorgono, ancora oggi, con un tentativo molto preciso: impedire alla Chiesa di portare avanti la sua missione di evangelizzazione nel mondo moderno.

Fernando Pascual, L.C.